

La Universidad del tiempo de Ignacio de Loyola y la de hoy. *Planteamiento del tema*

QUINTÍN ALDEA

Profesor de Investigación del CSIC y
Director del Instituto Germano-Español de
Investigación de la Sociedad Görres (Madrid)

Ignacio de Loyola no sólo fue un universitario formado en una de las mejores Universidades de su tiempo —la de París— sino también un organizador del apostolado intelectual por medio de Colegios y Universidades. Y a esto dedicó la IV Parte de las *Constituciones* de la Compañía de Jesús. Formar al hombre moderno en virtud y letras fue el ideal del Renacimiento y del Humanismo, de Erasmo y de Ignacio de Loyola. Colegios y Universidades fueron sin duda la creación ignaciana más nueva, más moderna, que más influyó en la sociedad y más ayudó a la tan deseada reforma del mundo cristiano.

Por eso no creemos que esté fuera de lugar, siendo éste un Congreso organizado por la Universidad Complutense, el plantearnos en la Mesa Redonda que cierra dicho Congreso el gran problema, el eterno problema de la misión de la Universidad: la de entonces y la de ahora.

Desde que Ortega y Gasset planteó magistralmente en 1930 la cuestión capital de cuál es la misión de la Universidad, siguen siendo todavía válidos y actuales los planteamientos e interrogantes que él hizo entonces sobre esta venerable institución. De ahí que nos sea muy útil el recordarlos como preámbulo para la discusión de esta Mesa Redonda.

La renovación de la Universidad o, como él decía, la reforma universitaria no puede reducirse a la corrección de abusos. Reforma es siempre creación de usos nuevos. Los abusos tienen siempre escasa importancia, porque o son aislados o son tan frecuentes, consuetudinarios, pertinaces y tolerados que no ha lugar a llamarlos abusos. Todo movimiento de reforma reducido a corregir los chabacanos abusos que se cometen en nuestra Universidad, dice Ortega, llevará indefectiblemente a una reforma también chabacana. Lo importante son los usos. ¿Qué usos nuevos hay que introducir en la vida universitaria? Para eso hay que

saber primero cuál es la verdadera misión de la Universidad. Según él, esta misión consiste en tres cosas: 1) Docencia, o sea cultura y profesión; 2) Investigación; 3) Contacto vivo con la sociedad.

1. Docencia

La función primaria y central de la Universidad es la enseñanza de las grandes disciplinas culturales, que debe recibir el hombre medio para hacerlo culto y situarlo a la altura de los tiempos. Esta referencia a la altura de los tiempos es sustancial en la concepción orteguiana de la cultura. También lo es el concepto de «culto» que para él tiene un significado peculiar. El hombre culto es el hombre de visión ancha, dinámicamente compenetrado con la vida actual —por tanto alejado de anacronismos— y abierto a las nuevas creaciones del espíritu. Al hablar de la investigación, trataremos más ampliamente sobre el tema de la cultura. Ese hombre medio que estudia, es o debe ser la norma, la medida para definir el nivel que debe tener la Universidad.

A ese hombre medio hay que modelarlo para hacer de él un buen profesional. Junto a la transmisión de la cultura, la Universidad le debe enseñar, por los procedimientos intelectualmente más sobrios, inmediatos y eficaces, a ser un buen médico, un buen juez, un buen profesor de Matemáticas o de Historia en un Instituto. La gran misión, pues, de la Universidad es la de formar cultos y excelentes profesionales.

2. Investigación

¿Debe también hacer de ese hombre medio un investigador?

No se ve ninguna razón densa para que el hombre medio necesite ni deba ser un hombre científico, un investigador. Consecuencia escandalosa, comenta Ortega: la ciencia en su sentido propio, esto es la investigación científica, no pertenece de una manera inmediata y constitutiva a las funciones primarias de la Universidad ni tiene que ver sin más ni más con ellas. En qué sentido, no obstante, la Universidad es inseparable de la ciencia y, por tanto, tiene que ser también o *además* investigación científica, es cosa que más adelante trata Ortega.

En la concepción orteguiana no es lo mismo cultura, ciencia y profesión intelectual.

Ante todo hay que separar profesión y ciencia. Ciencia no es cualquier cosa. En su propio y auténtico sentido, ciencia es sólo investigación: plantearse problemas, trabajar en resolverlos y llegar a una solución.

Pero no es ciencia aprender una ciencia y enseñarla. De hecho ha habido y hay formidables maestros de ciencias que no son investigadores, es decir, científicos. Basta con que sepan su ciencia. Pero saber no es investigar. Investigar es descubrir una verdad o su inverso: demostrar un

error. Saber es simplemente enterarse bien de esa verdad, poseerla una vez hecha, aplicarla.

Pretender que el estudiante normal sea un científico es por lo pronto una pretensión ridícula que sólo ha podido abrigar el vicio de utopismo, característico de las generaciones anteriores a la nuestra. Pero además no es tampoco deseable ni aun idealmente. La ciencia es una de las cosas más altas, pero no la única. No vale «idealizar» y presentarnos como ideal que todos los hombres fuesen de ciencia.

Es preciso separar la enseñanza profesional de la investigación científica y que ni en los profesores ni en los muchachos se confunda lo uno con lo otro, so pena de que, como ahora, lo uno dañe a lo otro. Ha sido desastrosa la tendencia que ha llevado el predominio de la «investigación» en la Universidad. Ella ha sido la causa de que se elimine lo principal: la cultura.

Hay, pues, que sacudir bien de ciencia el árbol de las profesiones, a fin de que quede en ella lo estrictamente necesario y pueda atenderse a las profesiones mismas, cuya enseñanza se halla hoy completamente silvestre.

La Medicina no es una ciencia. Es precisamente una profesión, una actividad práctica. Como tal, significa un punto de vista distinto al de la ciencia. Se propone curar o mantener la salud en la especie humana.

Tampoco es lo mismo ciencia y cultura. Cultura —y es un concepto fundamental en toda la filosofía orteguiana— es el repertorio de nuestras efectivas convicciones sobre lo que es el mundo y son los prójimos, sobre la jerarquía de los valores que tienen las cosas y las acciones: cuáles son más estimables, cuáles menos.

La cultura se posee por una necesidad ineludible, constitutiva de toda vida humana, sea la que sea. Y, cuando Ortega dice vida, se refiere al sentido primario y más verdadero de esta palabra, que no es el biológico, sino el biográfico. Vivir es tratar con el mundo, dirigirse a él, actuar en él, ocuparse de él. El autómatas no vive.

Cultura es el sistema de ideas vivas que representa el nivel superior del tiempo, un sistema que es plenamente actual. Ese sistema no lo fabrica robinsonescamente el individuo, sino que lo recibe de su medio histórico, de su tiempo. Quien quede por debajo de ese nivel superior del tiempo, quien viva de ideas arcaicas, se condena a una vida menor, más dificultosa. Es el caso del hombre o del pueblo incultos. Su existencia va en carreta, mientras a la vera pasan otras en poderosos automóviles. Si el hombre queda bajo el nivel vital de su tiempo, se convierte —relativamente— en un *infrahombre*.

En nuestra época, el contenido de la cultura viene en su mayor parte de la ciencia. Pero hay pedazos enteros de la ciencia que no son cultura, sino pura técnica científica. Son, en la terminología germana de la que vivía Ortega, *civilización*. Cultura es el hombre. *Civilización* es la técnica. Cultura y *civilización* son los dos conceptos fundamentales

de la Historiología, de la metahistoria, de la metafísica de la historia. El régimen interior de la actividad científica no es vital; el de la cultura, sí.

La cultura es, pues, un sistema completo, integral y claramente estructurado. Es ella el plano de la vida, la guía de caminos por la selva de la existencia. La vida sin cultura es una vida manca, fracasada y falsa. El hombre que no vive a la altura de su tiempo, vive por debajo de lo que sería su auténtica vida, es decir falsifica o estafa su propia vida. La desvive. La cultura es un menester imprescindible de toda vida, es una dimensión constitutiva de la existencia humana, como las manos son un atributo del hombre. Esta es la visión de Ortega sobre la cultura. Más y mejor no se puede expresar lo que él entiende por cultura y la forzosidad que tiene todo hombre de vivirla. De aquí deduce Ortega la importancia que tiene el devolver a la Universidad su tarea central de «ilustración» del hombre, de enseñarle la plena cultura del tiempo, de descubrirle con claridad y precisión el gigantesco mundo presente, donde tiene que encajarse su vida para ser auténtica.

¿Se puede definir con más énfasis la misión de la Universidad? ¿Consiste esa misión sólo en enseñarle al alumno descarnadamente su específica profesión? ¿No se le exige más bien todo un programa pedagógico —en el más pleno sentido de la palabra— con el que forjar un hombre culto, un hombre capaz de estar a la altura de su tiempo? ¿No es éste un proyecto extraordinariamente noble y ambicioso en la misión de la Universidad? ¿Y esa otra pieza clave de la arquitectura universitaria, que es el profesor, cómo tiene que ser?

Ortega busca la integración del saber, la humanización del saber en el profesor y a través del profesor. Es preciso que el hombre de ciencia deje de ser lo que es con deplorable frecuencia: un bárbaro que sabe mucho de una cosa. Es preciso que el hombre de ciencia complete su especialismo con una cultura integral. Sólo así podrá ser, además de científico, un buen profesor de Universidad.

Véase por donde, al meditar sobre cuál sea la misión de la Universidad y descubrir el carácter peculiar —sintético y sistemático— de sus disciplinas culturales, desembocamos en vastas perspectivas que re-basan el recinto pedagógico y nos hacen ver en la institución universitaria un órgano de salvación para la ciencia misma.

Hacen falta talentos integradores que sepan crear y difundir, en las aulas, vigorosas síntesis y sistematizaciones del saber. Esto conduce también a una especialización. Pero aquí el hombre se especializa en la construcción de una totalidad, no en la atomización de cada una de sus partes integrantes, en la pulverización del conocimiento humano. Hay que compensar con un movimiento inverso la fuerza centrífuga de la especialización. Hombres dotados de este genuino talento andan más cerca de ser buenos profesores que los sumergidos en la habitual investigación.

¡Difícil tarea, pero necesaria en un mundo donde, ya desde los niveles más elementales del bachillerato, el joven avanza cada vez más disperso científica y culturalmente!

¿Cómo se puede construir un pueblo concorde, cómo se puede construir una comunidad política relativamente homogénea y asentada sobre ese repertorio indispensable de las ideas y las convicciones necesarias para la convivencia sin una sólida base común de entendimiento? ¿Cómo puede subsistir genuinamente una democracia, si los individuos que la componen no tienen una elemental cohesión cultural y hablan lenguajes completamente distintos?

3. Universidad y Sociedad

Por fin, otro componente esencial de la misión universitaria es la compenetración de la Universidad con la Sociedad, su intercambio con la vida de la sociedad.

Si la Universidad vive de la Sociedad, también la Sociedad debe vivir de la Universidad. Y en la medida en que el campo de fuerzas entre esos dos polos sea más intenso, la vida de ambas instituciones será más saludable.

Colocada la Universidad en su interna y radical sinceridad, en su obligada y primaria limitación docente, se puede y se debe abrir sin reservas y sin cautelas a todo lo que debe ser «además». Y en ese «además» entra en toda su amplitud y esencialidad la ciencia y la realidad histórica que la circunda, la plena actualidad, la sociedad real. De la ciencia ya hemos hablado¹. Nos queda por hablar de la ósmosis entre la Universidad y la Sociedad.

¹ No excluye Ortega la investigación científica de la Universidad. Antes al contrario, la exige, pero de diversa manera que la docencia. Dentro de la misión total de la Universidad van necesariamente incluidas: a) la enseñanza de las profesiones intelectuales; b) la investigación científica y la preparación de futuros investigadores.

La enseñanza superior, pues, consiste en profesionalismo e investigación. Por eso, además de enseñar todas las disciplinas académicas, se cultiva la ciencia misma, se investiga y se enseña a ello. Sin embargo, lamentaba Ortega que en su tiempo en España esta función creadora de ciencia y promotora de científicos estuviera aún reducida al minimum, no por defecto de la Universidad, sino por razones coyunturales.

Es curioso advertir que Ortega no haga ninguna alusión a la *Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas*, habiendo disfrutado él mismo una beca de dicha institución. Puede ser que implícita o indirectamente se refiera a ello cuando dice «que todas las reformas de los últimos años acusan decididamente el propósito de acrecer en nuestras Universidades el trabajo de investigación y la labor educadora de científicos, de orientar la institución entera en este sentido».

Tal vez pensara que la Junta para Ampliación de Estudios, precedente del actual Consejo Superior de Investigaciones Científicas, fuera una sección o sucursal de la Universidad. Sería interesante averiguar este punto entre los papeles inéditos de Ortega.

En su tiempo reconocía Ortega que en la vida pública no existía más «poder espiritual» que la Prensa. La vida pública se había entregado a la única fuerza espiritual que por su oficio se ocupaba de la actualidad: la Prensa. Los antiguos poderes espirituales, según él, habían desaparecido: la Iglesia, porque había abandonado el presente, y la vida pública es siempre actualísima; y el Estado, porque, triunfante la democracia, no dirigía ya a ésta, sino al revés, era gobernado por la opinión pública.

No quería con esto Ortega molestar en dosis apreciable a los periodistas, entre otros motivos porque tal vez «yo no sea otra cosa que un periodista».

Pero en la jerarquía de las realidades espirituales, el periodismo, a su juicio, ocupa el rango inferior. Y, sin embargo, la conciencia pública no recibía entonces otra presión ni otro mando que los que le llegaban de esa espiritualidad ínfima, resumada por las columnas del periódico. Tan ínfima era a menudo que casi no llegaba a ser espiritualidad; que en cierto modo era antiespiritualidad. Por dejación de otros poderes había quedado encargado de alimentar y dirigir el alma pública el periodista, que era no sólo una de las clases menos cultas de la sociedad presente, sino que, por causas, esperaba él, transitorias, admitía en su gremio a pseudo-intelectuales chafados, llenos de resentimiento y de odio hacia el verdadero espíritu. Ya por su profesión, dice él, los lleva a entender por realidad del tiempo lo que momentáneamente mete ruido, sea lo que sea, sin perspectiva ni arquitectura. La vida real es de cierto pura actualidad. Pero la visión periodística deforma esa verdad reduciendo lo actual a lo instantáneo y lo instantáneo a lo resonante. De aquí que en la conciencia pública aparezca hoy el mundo bajo una imagen vigorosamente invertida. Cuanto más importancia sustantiva y perdurante tenga una cosa o persona, menos hablarán de ella los periódicos. Y, en cambio, destacarán en sus páginas lo que agota su esencia con ser «suceso» y dar lugar a una noticia. Habrían de no obrar sobre los periódicos los intereses, muchas veces inconfesables de sus empresas; habría de mantenerse el dinero castamente alejado de influir en la doctrina de los diarios, y bastaría a la Prensa abandonarse a su propia misión para pintar el mundo del revés.

No poco del vuelco grotesco que hoy padecen las cosas se debe a ese imperio indiviso de la Prensa, único «poder espiritual».

Por eso termina Ortega estas reflexiones marcando a la Universidad imperiosamente su gran deber, que es a la vez su gran derecho: el de influir en la sociedad, el de modelarla. Es, pues, cuestión de vida o muerte para Europa rectificar tan ridícula situación. Para ello tiene la Universidad que intervenir en la actualidad como tal Universidad, tratando los grandes temas del día desde su punto de vista propio: cultural, profesional o científico.

De este modo no será una institución sólo para estudiantes, un recinto ad usum delphinis, sino que, medida en medio de la vida, de sus urgencias, de sus pasiones, ha de imponerse como un «poder espiritual»

superior frente a la Prensa, representando la serenidad frente al frenesí, la seria agudeza frente a la frivolidad y la franca estupidez.

Entonces volverá a ser la Universidad lo que fue en su hora mejor: un principio promotor de la historia europea.

Pasando ahora al siglo XVI, observamos que, en la concepción ignaciana de la Universidad, la docencia y la realidad social eran las dos dimensiones primarias que reclamaban su atención. Y la segunda —la realidad social— era la determinante de la función docente. Había que formar hombres para su tiempo, a la altura de su tiempo, para resolver los problemas de su tiempo. Ignacio de Loyola estaba sólidamente anclado en su tiempo con una conciencia muy viva. Y dentro de su tiempo, también de los diversos espacios de Europa y de fuera de Europa. Los tiempos, lugares y las personas fueron siempre los criterios básicos de su acción. Por eso precisamente fue evolucionando. Pero el plegarse realistamente a su tiempo no le impidió, antes al contrario le ayudó, a trascender las coordenadas de tiempo y espacio y asentar un principio moderador que debía regir cada tiempo y que se convirtió en la regla de oro de su eficacia apostólica. «Y porque el bien, dice él, cuanto más universal es más divino, aquellas personas y lugares que, siendo aprovechados, son causa que se extienda el bien a muchos otros que siguen su autoridad o se gobiernan por ellos, deben ser preferidos. Así la ayuda espiritual que hace a personas grandes y públicas (ahora sean seglares, como príncipes y señores y magistrados o administradores de justicia, ahora sean eclesiásticas, como perlados) y la que se hace a personas señaladas en letras y auctoridad, debe tenerse por más de importancia, por la misma razón del bien ser más universal, por lo cual también la ayuda que se hiciese a gentes grandes, como a las Indias, o a pueblos principales o a Universidades, donde suelen concurrir más personas, que, ayudadas, podrían ser operarios para ayudar a otros, deben preferirse»².

Y este criterio de bien universal fue el que aplicó San Ignacio, cuando el Papa Pablo III le retrasmirió la petición que le hacía el Duque de Baviera Guillermo IV de enviarle algunos profesores de Teología, para que elevasen el nivel de los estudios de la Universidad de Ingolstadt. No dudó Ignacio en enviarle a los mejores teólogos que entonces tenía a su disposición: Salmerón, Canisio y Jayo. Estaba de por medio un centro docente muy eficaz para la restauración católica de Alemania.

En aquella edad sacral, no secularizada, el tipo humano y, por tanto, el profesional que se pretendía formar en la Universidad era o debía ser un profesional cristiano y a esto se debía subordinar la docencia de todas las Facultades sobre todo de la de Teología, que era la reina de todas las Facultades. Esto era lo que reclamaba el espíritu de aquel tiempo. Esto era lo que exigía la cultura, la sociedad de entonces.

² IGNACIO DE LOYOLA, Obras, BAC, Madrid 1991, pág. 598: *Constituciones*, parte VII, cap. 2., n. 622.

«Como sea el fin de la Compañía y de los estudios ayudar a los prójimos al conocimiento y amor divino y salvación de sus ánimas, siendo para esto el medio más propio la Facultad de Teología, en ésta se debe insistir principalmente en las Universidades de la Compañía, tratándose diligentemente por buenos Maestros lo que toca a la doctrina escolástica y Sacra Escritura y también de la positiva lo que conviene para el fin dicho, sin entrar en la parte de Cánones que sirve para el foro contencioso»³.

Una cosa muy significativa en la mentalidad de San Ignacio fue la evolución que sufrió respecto a usar como instrumento de apostolado los Colegios y las Universidades, a los que en un principio no se inclinaba. Fue precisamente el contacto con las realidades presentes y la auscultación de los signos de los tiempos lo que le decidió a entrar por un camino tan nuevo e inicialmente tan imprevisto.

Una de las instituciones docentes que promovió personalmente el fundador de la Compañía fue el Colegio Romano o Universidad Gregoriana, llamada así en honor del Papa Gregorio XIII. Y fue tal el prestigio en Humanidades que alcanzó ya en vida del fundador, que en 1553 escribiendo al Duque de Gandía, hijo de San Francisco de Borja, le ponderaba que «en ninguna de las Universidades de que acá tenemos noticia, nos parece habrá para salir tan bien fundados en Letras». Las Humanidades, desde las que recibían impulso todas las demás ciencias del espíritu, eran lo que más demandaba la Sociedad de su tiempo. Y en la jerarquía de las realidades espirituales ocupaban juntamente con la Teología el rango superior.

La Universidad de Ignacio de Loyola supo responder al reto del ideal humanista del Renacimiento, renovando por medio de él los estudios de Artes, Filosofía y Teología y emprendiendo en su seno obras de extraordinario valor cultural, como, por ejemplo, la edición de la Biblia Políglota Complutense. En Salamanca igualmente Francisco de Vitoria abandonaba los viejos esquemas del Escolasticismo y llamaba la atención académica sobre los grandes problemas planteados a la política y a la moral por el Descubrimiento del Nuevo Mundo. Y un poco más tarde Canisio, Belarmino y Francisco Suárez llevaban al escenario de las aulas universitarias los dramas ideológicos y religiosos de su tiempo, comprometiéndose resueltamente con la vida de la calle.

Si quisiéramos establecer un contraste, una comparación entre aquella Universidad y la actual, tal vez pudiéramos decir que aquella fue más universalista, más ecuménica, menos nacionalista que la actual y más abierta, por lo mismo, a todos los pueblos —París era una ciudad europea por sus estudiantes—, aunque dentro del rigor docente y del estricto control de la ortodoxia de aquel tiempo.

Muchas más preguntas nos sugiere este contraste. ¿Respondía la antigua Universidad mejor que la nuestra a las exigencias de la Sociedad? ¿Es la nuestra todavía un modelo válido? ¿Cuál debería ser el modelo de una Universidad ideal? A estas preguntas fueron respondiendo los expertos que figuraban en el programa, cada uno desde su punto de vista.

Presidía la Mesa Redonda, conducida por la habilidad clásica de Iñaki Gabilondo, el Presidente del Banesto, Mario Conde, que aportaba su visión desde el mundo de la empresa. Un hombre, como él, de tanta experiencia en el mundo de la Banca, con una inmensa preocupación por el desarrollo de la cultura y de la ciencia, con una exquisita preparación profesional, tenía mucho que decir sobre el tema de la Universidad.

Asimismo intervinieron Paul Mikat, antiguo Ministro de Educación de Renania-Westfalia (Alemania) y Presidente de la Görres, creador de cuatro Universidades alemanas; Theodor Berchem, Presidente de la Universidad de Würzburg y Presidente del DAAD; Leo O'Donovan, Presidente de la Universidad de Georgetown (Washington); Joseph Pérez, Director de la Casa de Velázquez y antiguo Rector de la Universidad de Burdeos; Bartolomé Escandell, primer catedrático de Historia Moderna de la nueva Universidad de Alcalá de Henares; y Alfredo Tiemblo, Profesor de Investigación del CSIC y Presidente de la Real Sociedad Española de Física.

Como se ve, un equipo de la más alta calidad científica y profesional en el mundo universitario y que abarca un arco muy amplio en las diversas ramas del saber. Sus aportaciones a la discusión —enviadas libremente por cada uno— figuran en estas *Actas*.

³ Idem, pág. 558: *Constituciones*, parte IV, cap. 12, n. 446.